

El mercado editorial en la España de mediados del siglo XIX

Poco sabemos aún de las características del mercado editorial español de mediados del siglo XIX, y nuestro conocimiento de la actividad de los impresores y de los mecanismos que sostuvieron la penetración masiva de la novela francesa es todavía parcial y discontinuo¹. El carácter limitado de los datos que poseemos no nos impide, sin embargo, vislumbrar ya algunos de sus rasgos distintivos y tendencias fundamentales, especialmente aquellos que afectan a la publicación de la novela. La primera y fundamental característica es la centralidad prácticamente exclusiva que tiene la novela francesa en el mercado literario español. La dependencia de la empresa editorial española con respecto a la producción literaria transpirenaica no es en sí misma nueva; de hecho, las traducciones francesas constituyen ya una parte importante de la oferta editorial en España en las tres primeras décadas del siglo XIX². Durante los años 40, sin embargo, se produce un cambio radical en el panorama literario español que afecta al volumen de obras traducidas y que determina la posición central que pasa a ocupar la novela francesa en la actividad literaria española. En este sentido, se puede afirmar –sin temor a exageraciones– que a mediados del siglo XIX en España sólo se leen novelas francesas³.

¹ *Los estudios iniciales sobre la actividad editorial en el siglo XIX de Agustí Duran i Sampere y de Manuel Núñez de Arenas han sido continuados fundamentalmente por historiadores franceses: Jean-François Botrel, Victor Carrillo, Robert Marrast, y Aline Vau-chelle-Haquet. Existen también algunas monografías sobre la actividad impresora de diversas ciudades españolas (véase, por ejemplo, Santiago Luxán Meléndez).*

² *Los autores y títulos más publicados en España durante los primeros 35 años del siglo XIX son los siguientes: las novelas sentimentales de Mme. de Cottin (en especial, Matilde) o las de Isabelle de Bottens; las novelas educativas de Florian, el Telémaco de François de Fénelon y Pablo y Virginia de Bernardin Saint-Pierre; las novelas románticas de inspiración cristiana de Lamartine (Confidencias y Rafael) y de Chateaubriand (Atala y René); y, finalmente, las novelas eróticas y cómicas de Charles Pigault-Lebrun.*

³ *La literatura inglesa se traduce poco en la primera mitad del siglo XIX. La novela gótica pasa prácticamente desapercibida y no he encontrado mención a la traducción de obras de las hermanas Brontë o de Jane Austen. La influencia de la novela inglesa –fundamental en la producción de novelas históricas en los 30 y 40– se centra fundamentalmente en Walter Scott, que es el único escritor no francés que alcanza un gran éxito*

Aunque el sector impresor español conserva su carácter básicamente artesanal a lo largo del período, en contraste con la reestructuración industrial que adoptan las imprentas parisinas, la comercialización de la novela francesa en el mercado peninsular es producto casi exclusivo de los impresores españoles⁴. Son las ediciones españolas de las obras francesas las que saturan el mercado novelístico nacional. Diversos datos nos permiten afirmar el protagonismo editorial español. En primer lugar, hay que tener presente que el carácter artesanal de la imprenta española de mediados del siglo XIX no es un fenómeno peculiar en Europa. Por el contrario, Martyn Lyons comenta en *Le triomphe du livre* que, con la excepción de una parte del sector impresor de París, el mismo rasgo caracteriza a la imprenta francesa de esos años⁵. Este carácter básicamente artesanal de la imprenta no supone, sin embargo, el estancamiento de su actividad. Por el contrario, como indica Lyons, el sector inicia en esa época su renovación y ampliación comercial. Indicios de este crecimiento en la imprenta española son evidentes ya desde finales de los

comercial entre el público español. De hecho, ningún novelista es tan traducido como él entre los años 1825-1840 y sólo en la década siguiente Alexandre Dumas y Eugène Sue lo desplazan en las preferencias de los lectores. Curiosamente, las traducciones al español de Walter Scott son una constante en la producción editorial francesa en el segundo tercio del siglo XIX: aunque existen bastantes ediciones publicadas en Madrid (especialmente entre 1828 y 1832), la escasez de ediciones en Barcelona y otras provincias y la limitación de la producción madrileña parecen sugerir que buena parte de las traducciones hechas en Francia debieron satisfacer en buena parte la demanda española. En este sentido, sería interesante analizar las consecuencias literarias que este desvío editorial francés de las obras de Walter Scott tuvo para el romanticismo español. Las traducciones de Dickens en las décadas de los 40 y 50 son escasas y no parecen merecer demasiada atención pública ni literaria. Fernández Montesinos afirma al respecto que era «apenas conocido por traducciones» (Introducción 89). Señala, de todos modos, su influencia en una novela de F.A.F. titulada Oliverio, novela inglesa, imitación de Dickens (Madrid, 1848). Para más información sobre las obras de Walter Scott y otros autores ingleses traducidas al español, véase Fernández Montesinos, Esbozo.

⁴ *Negocio familiar, de unas pocas prensas (la mayoría todavía de madera), la imprenta española maneja capitales pequeños que limitan su capacidad inversora y su solidez financiera, y que la exponen a numerosas quiebras. En esta estructura artesanal, la impresión constituye sólo una parte del proceso de producción del libro, que incluye las labores complementarias de los talleres de preparación del papel, composición y encuadernación. La figura del editor, es decir, del empresario que concentra en sus manos todas las fases de la producción del libro, no hará su aparición hasta mediados del siglo XIX cuando empieza a comercializarse el libro con ilustraciones, cuya producción requiere una gran complejidad técnica. Véase Martin y Chartier, *Le temps des éditeurs*, y Peter B. Goldman, «Toward a Sociology of the Modern Spanish Novel: The Early Years. Part I», 184-85, n. 5.*

⁵ *«Pendant les années 1830 et 1840», afirma Lyons, «l'imprimerie française fit quelques premiers pas décisifs dans la voie de la 'commercialisation'. Pourtant, elle conserva pendant des décennies une caractère essentiellement artisanale. Il y eut encore place longtemps pour les presses manuelles et les petits ateliers» (48). Para la transformación industrial y la renovación capitalista de las bases financieras de las imprentas parisinas, véase Frédéric Barbier, «Les imprimeurs».*

años 30, y Fermín Caballero se hace eco de ellos en *El gobierno y las cortes del Estatuto* (1837). En este escrito político de defensa de la libertad de imprenta, Caballero recuerda el desarrollo que ha alcanzado en España la actividad impresora y advierte sobre las consecuencias negativas que medidas restrictivas pueden tener para la economía nacional:

Entre las bárbaras restricciones ideadas por los enemigos de la libertad de imprenta ninguna más terrible y funesta que la supresión, la muerte del papel público. Como si una empresa de esta clase no mereciese respeto por la propiedad que representa, los capitales que pone en circulación, las familias que mantiene y la instrucción que promueve (citado en Seoane 207-208)⁶.

Pero el dato más revelador en este respecto lo constituyen, sin duda, los beneficios de la Sociedad Literaria, casa impresora de Ayguals de Izco, calculados aproximadamente entre 3.391.500 y 5.067.500 para los años 1844-1845 (Carrillo 49).

El análisis de las entradas bibliográficas del *Esbozo de una bibliografía española de traducciones de novelas (1800-1850)* elaborado por Fernández Montesinos nos permite observar el despegue de la actividad editorial en España⁷. En este sentido, el número de novelas –en particular francesas– que salen de las imprentas barcelonesas y madrileñas experimenta un aumento espectacular a partir de 1836 y 1837, consecuencia, sin duda, de las medidas liberalizadoras promulgadas por el Estatuto Real y por la Ley de Imprenta de 1837 que anula la censura previa para la novela. En esos años, además, la publicación de novelas francesas en España supera ya a las ediciones en español hechas directamente en Francia. Al mismo tiempo, los títulos aparecidos indican también claramente el deseo de novedad que va a dirigir las decisiones editoriales de los impresores españoles del siguiente decenio. Pero el crecimiento iniciado en esos años alcanza dimensiones desconocidas sólo en la década siguiente cuando las imprentas provinciales se suman a la intensa actividad desarrollada en Madrid y Barcelona. Es, por tanto, precisamente en la época del auge de la novela y de la aplicación de nuevos métodos para su comercialización (en particular, la publicación por entregas)

⁶ Unos años antes, en 1832, José María Carnero reconocía ya la importancia económica del sector impresor: «Bien sabido es que hoy día debe contarse por mucho en todo país civilizado el comercio de libros, y el movimiento que él da a otros ramos subalternos de la riqueza pública» (163).

⁷ Fernández Montesinos recogió los datos bibliográficos del *Esbozo de los fondos y documentación de un grupo significativo de bibliotecas españolas y extranjeras*, pero él mismo nos advierte que no constituye una bibliografía completa (149). La falta de estudios bibliográficos definitivos y la limitación de los datos del *Esbozo* no invalidan su información y las tendencias que en él descubrimos pero, sin duda, confieren a las conclusiones derivadas en este trabajo un carácter estrictamente provisional.